



Post scriptum necesario. Eurasia y el Indo-Pacífico: de Kabul al AUKUS

Andrés Serbin

La apresurada salida de los Estados Unidos de Afganistán a fines de agosto marca un punto de inflexión en la reconfiguración del tablero geopolítico regional e incide sobre una nueva dinámica geoestratégica a nivel global y sobre las narrativas dominantes.

En primer lugar, deja el espacio euroasiático enteramente en manos de los actores regionales, sin una presencia militar de los Estados Unidos y de la OTAN pero, fundamentalmente, fortalece el entramado euroasiático desarrollado en el marco de la convergencia estratégica entre China y Rusia a través de diversos mecanismos e iniciativas multilaterales: la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS) impulsada por estas dos naciones que agrupa no sólo a las repúblicas del Asia Central sino también a India y Pakistán y que en la reunión para tratar la situación de Afganistán ha admitido como miembro pleno a Irán; la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) promovido como un acuerdo militar por Rusia con algunas de las exrepúblicas soviéticas de la región; la Unión Económica Euroasiática (UEEA)

también motorizada por Rusia como un mecanismo de integración económica con estas repúblicas y Bielorrusia; la Iniciativa de la Franja y de la Ruta (BRI) desplegada inicialmente por China para asegurar su retaguardia estratégica en Eurasia y para alcanzar los mercados de la región y de Europa y el Proyecto de la Gran Eurasia que Putin insiste en desarrollar a partir de la convergencia con China. Sobre el fondo de este complejo entramado institucional – dónde no figuran los Estados Unidos ni los países europeos -, la salida de los Estados Unidos de Afganistán – miembro observador de la OCS y potencial miembro pleno de este organismo – ha generado un vacío geopolítico y un factor de desestabilización para la región, pero también ha abierto oportunidades para algunos de los actores euroasiáticos. Algunos de ellos intentan llenar este vacío y la mayoría temen que el gobierno de los talibanes en Kabul – más allá de sus propias fracturas internas y de sus conflictos con ISIS – convierta al país en un semillero de organizaciones yihadistas que se proyecten hacia los países vecinos. No en vano, una de las prioridades de la OSC es luchar contra los “tres males” – el separatismo, el terrorismo y el fundamentalismo religioso que amenazan a todos sus miembros por igual. En este marco, sin embargo, India – que cultivó las relaciones con Kabul durante la ocupación estadounidense – probablemente perciba esta amenaza a una escala mayor que los otros actores, aunque China no descarte una mayor actividad del Movimiento de Liberación del Turquestán Oriental entre la población uigur de la provincia de Sinkiang y Rusia esté preparada para acciones terroristas de las filiales del ISIS en su esfera de influencia y en su propio territorio. No obstante, para China se abren nuevas posibilidades de inversión y de comercio, a la par de poder reforzar eventualmente la importante infraestructura que desarrolla como parte del BRI en Pakistán. Pero éstos y otros actores – más allá de las amenazas terroristas – perciben que el espacio euroasiático se consolida a la vez que deja de ser una prioridad estratégica para los Estados Unidos que focalizan su atención sobre China y su despliegue en el ámbito del Asia-Pacífico.

La estrategia del Indo-Pacífico y el AUKUS

En este marco, Washington concentra sus esfuerzos en función de su actual preocupación estratégica - la proyección de China como su principal rival tanto en el Asia-Pacífico como, crecientemente, en el ámbito global. Como consecuencia, la administración Biden ha reorientado sus esfuerzos al desarrollo de sus capacidades estratégicas en el Indo-Pacífico, retomando la iniciativa de Trump en la región a través de la promoción de un Indo-Pacífico “libre y abierto” – y eventualmente “democrático” – y de la consolidación del Diálogo Cuadrilátero de Seguridad (QUAD) con India, Japón y Australia, cuya primera cumbre de mandatarios se realizó la semana pasada en Washington. Más allá de que estas iniciativas apuntan explícita o implícitamente a la contención de Beijing en el Mar Meridional de la China y en los focos de tensión en torno a Taiwán y Hong Kong, en su conjunto se orientan a asegurar la navegación en una zona por dónde circula en la actualidad gran parte del comercio marítimo mundial y en dónde es China ha estado ampliando su presencia a través de una creciente flota y de bases militares.

Sin embargo, estas preocupaciones estratégicas y la aspiración de restaurar y reforzar las alianzas estadounidenses en la región, han chocado con dos escollos importantes.

En la tercera semana de septiembre de este año, Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia anunciaron la firma de un pacto militar que incluye intercambios de alta tecnología y, en especial, la provisión de submarinos nucleares a este último país. Australia no es una potencia nuclear pero la disponibilidad de estos submarinos podría contribuir a su capacidad de desarrollar armamento nuclear en el futuro. El acuerdo – bajo la denominación de AUKUS – ha generado reacciones diplomáticas de diversos países y ha incidido sobre el equilibrio geoestratégico en el ámbito de Asia Pacífico y en particular, en el llamado Indo-Pacífico.

La retirada de los Estados Unidos de Afganistán pocas semanas antes del anuncio del acuerdo ya había tensado las relaciones de Washington con sus aliados de la OTAN y a un reacomodo de los actores euroasiáticos y de los entramados multilaterales en este espacio. Pero la tensión con los aliados transatlánticos se acentuó por la reacción de Francia – con el respaldo de sus socios de la Unión Europea – por el AUKUS

que, de hecho, cancelaba la venta de submarinos convencionales que París debía proporcionar a Australia. Y a la vez, agudizó la tensión con China que, luego de una escalada de tensiones con Australia, denunció el acuerdo por ser un factor de desestabilización de la región, pero principalmente, por amenazar su creciente proyección e influencia en el Indo-Pacífico.

Unos días después del anuncio del AUKUS, se realizó la primera cumbre presencial de los mandatarios del Quad en Washington. Durante la cumbre se abordó una amplia agenda, incluyendo la colaboración entre los cuatro países para enfrentar la pandemia del COVID-19 y los desastres naturales que acompañan el cambio climático, pero la reunión, aunque implícitamente orientada a consolidar una estrategia del Indo-Pacífico “libre y abierto” para contrarrestar la proyección de China, paradójicamente no dejó en claro cuál sería la relación entre el Quad y el AUKUS que agrupa a tres de las naciones anglófonas del acuerdo de colaboración en inteligencia – el *Five Eyes* – conjuntamente con Nueva Zelanda y Canadá.

En la región, Japón podría beneficiarse de este acuerdo en tanto le da un mayor alcance a un aliado como Australia en las aguas de su entorno, pero la India puede ver afectada su histórica posición de no-alineamiento en una coyuntura de crecientes tensiones con China. Ambos países mantienen una fuerte interdependencia económica con Beijing, pero a la vez perciben una seria amenaza en su creciente proyección geoestratégica. Y los países miembros del ASEAN - en su aspiración de mantenerse como el centro de gravedad que equilibra la región -, se ven en la misma situación y reaccionan con cautela frente al AUKUS.

Más allá del efecto sobre los acuerdos de no-proliferación nuclear, es evidente que el AUKUS tiene un impacto significativo sobre el equilibrio de poder y los alineamientos de los diferentes actores asiáticos frente a China.

Pero el punto fundamental es que el AUKUS no sólo abre interrogantes sobre el compromiso de la administración Biden con la no-proliferación a la hora de calibrar en el marco de su disputa geoestratégica con China, sino también sobre el alcance y la importancia de las alianzas de Washington – tanto transatlánticas como asiáticas. Pese a que Biden prometió restaurar y revitalizar, en un marco multilateral, las alianzas

que habían sido afectadas por la administración Trump, parece que en este proceso existen jerarquías claras y desigualdades evidentes a la hora de establecer qué socios son prioritarios para la política exterior de los Estados Unidos.

Xi Jinping y Biden: más allá de la cumbre virtual

Por otra parte, en el interín, China ha avanzado con los acuerdos regionales en la región como el RCEP (que no sólo incluye a países del ASEAN sino también a Japón) y anuncia su disposición de incorporarse al TICAP que reemplazó al Tratado Trans-Pacífico (TPP) que abandonó Trump.

En suma, mientras que Eurasia ha quedado para los euroasiáticos asegurando las respectivas retaguardias estratégicas de Rusia y de China en el continente pese a las amenazas internas, y los Estados Unidos focalizan su atención estratégica en lo que consideran el escenario más probable de conflicto con China – el Indo-Pacífico, Beijing continúa con su estrategia geoeconómica de ampliar sus acuerdos y, eventualmente las interdependencias económicas con sus vecinos.

La primera cumbre virtual entre los presidentes Joe Biden de Estados Unidos y Xi Jinping de la República Popular China en noviembre se desarrolló en el marco de las tensiones existentes entre ambas naciones. Tensiones que en principio aparecen vinculadas a la competencia comercial y tecnológica pero que cada vez más adquieren ribetes de disputa geoestratégica entre dos potencias en pugna. Sin embargo, en esta primera reunión oficial desde que Biden asumió la presidencia (hubo dos conversaciones telefónicas previas entre los mandatarios), ambas partes expresaron su intención de evitar una escalada de conflictos entre ambas naciones. Como lo expresó Xi Jinping – “comunicación y cooperación” fueron los términos que marcaron las expectativas frente a la reunión. No obstante, más allá del tono amigable de la misma, los temas de la agenda tratada entre ambos mandatarios pusieron nuevamente en evidencia la demarcación de “líneas rojas” y las tensiones existentes – desde la extensión del arsenal nuclear chino a las violaciones de los derechos humanos por parte de Beijing en la percepción de Washington hasta la situación de Taiwán que en la perspectiva

china no debe contar con el respaldo estadounidense para “lograr su independencia” de China en tanto es parte de “una sola China”.

Taiwán fue de hecho “el elefante en la habitación” virtual de la conversación. Pero Taiwán no está desvinculado de un énfasis del mandatario estadounidense en un Indo-Pacífico “libre y abierto”, que asigna una creciente importancia a esta región como epicentro de las tensiones entre ambas naciones y como ámbito potencial de una confrontación. Del estrecho de Taiwán al estrecho de Malaca pasando por el mar meridional de China las disonancias geoestratégicas se incrementan y amenazan la estabilidad regional en el Indo-Pacífico. Como ya señalamos, ambos actores difieren en sus respectivas definiciones y narrativas sobre el mismo: mientras que los Estados Unidos enfatizan la noción de Indo-Pacífico que articula el Océano Índico con el Pacífico, China persiste en una visión del Asia-Pacífico, y otros actores de la región optan por matices diferenciales de ambas concepciones para orientar sus respectivos intereses geoestratégicos en la región.

El crecimiento del poderío naval y de la presencia militar china en el Indo-Pacífico se contraponen a los esfuerzos estadounidenses para impulsar pactos militares como el AUKUS con Gran Bretaña y Australia o darle una renovada musculatura al Cuadrilátero de Seguridad (QUAD) con Japón, Australia e India en la promoción de un Indo-Pacífico “libre y abierto” y, eventualmente, democrático. La confrontación entre las dos potencias parece tener una impronta binaria, pero la administración Biden apunta a multiplicar sus alianzas en la región y fuera de ella, frente a una China que aparece – más allá de su gran estrategia económica – como un actor monolítico que cuenta con alianzas más restringidas y de diferente escala con Corea del Norte o con la Federación Rusia. El renovado acercamiento con Pyongyang y los primeros ejercicios navales conjuntos con Rusia en el mar del Japón en octubre (sin que medie un pacto militar) ponen en evidencia que Beijing también trata de articular su propia red de alianzas en una región que se convierte en el epicentro de una potencial amenaza a la estabilidad estratégica.

Pero Taiwán parece estar en el ojo del huracán. No sólo por la decidida vocación de su actual presidenta Tsai Ing-wen de mantener su independencia de China en el marco de fracaso de la idea de “un país, dos sistemas” después de la crisis en Hong Kong y de un creciente

activismo global, sino porque este activismo – más allá del apoyo de Washington – comienza a alcanzar ámbitos inesperados, como la reciente apertura de una oficina de representación en Lituania que ha provocado la irritación de Beijing.

En este contexto, mientras que el espacio euroasiático queda asegurado para los actores de la región, el Indo-Pacífico se constituye – con un final abierto y amenazante - en el epicentro de la disputa estratégica entre los Estados Unidos y China, con Taiwán como potencial disparador de esta confrontación.